

EL NAZI OLVIDADO

FRANCISCO VERA PUIG

Prólogo de Carlota Corredera



LOTO AZUL
EDITORIAL

EL NAZI OLVIDADO

Francisco Vera Puig





EL NAZI OLVIDADO

© Francisco Vera Puig

© Ilustración de portada: María Piqueres Martínez

© de esta edición: Loto Azul, 2021

ISBN: 978-84-17307-75-2

Producción del ePub: booqlab

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Las solicitudes para la obtención de dicha autorización total o parcial deben dirigirse a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos).



KALOSINI, S. L.

Grupo editorial **olelibros**

equipo@olelibros.com

www.olelibros.com

A Simona, Candela y Francesco

*Para que nunca se olvide lo que ocurrió
y para que no se vuelva a repetir.*

*Para que prevalezca el amor
en cualquiera de sus facetas frente al odio.*

*A la memoria de todos los que sufrieron,
porque sin duda fueron un ejemplo de superación.*

*No solo perdimos nuestra ropa aquí,
sino también nuestras almas.*

VITTORE BROCHETTA, TRIÁNGULO ROSA, N.º 121631,
CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE FLOSSENBURG.

PRÓLOGO

Las historias de nazis me han atrapado desde siempre. Conocer sus atrocidades me provoca una adictiva mezcla de terror, angustia, inquietud y también cierto alivio por haber nacido varias décadas después del inicio del III Reich (1933-1945).

Pero esta no es una historia más de nazis. Esta es la diáspora de Simon, un joven judío que traspasa todos sus límites para sobrevivir e intentar salvar a los pocos familiares que le quedan y que, como él, están condenados a morir en un país que los desprecia profundamente. En su huida hacia adelante, el protagonista despierta a la sexualidad y al amor con un alto cargo de la Alemania nazi, un médico exterminador que le cambia la vida para siempre.

Durante la búsqueda sin tregua de su hermano Gabriel, Simon descubre que en los campos de concentración de Flossenbürg y Buchenwald a los homosexuales —se calcula que fueron detenidos unos cien mil bajo el mando de Hitler— los distinguen del resto de los presos por un triángulo rosa cosido a su traje de rayas. Que en los barracones de los «desviados» como él nunca se apagan las luces, ni de noche. Que les obligan a tener las manos a la vista en sus camas para que estos «depravados» sexuales eviten la tentación de masturbarse, acto que los nazis consideran incontrolable para estos «enfermos». Es realmente estremecedor adentrarse junto a Simon en estos campos de la muerte y pasar su mismo miedo, su angustia ante la posibilidad de ser descubierto, su pánico a acabar como los demás judíos, homosexuales, gitanos y comunistas.

La primera y única vez que estuve en Berlín fue en 2007. Recorrí la ciudad impresionada por su historia, su muro y sus heridas. Recuerdo el escalofrío que sentí cuando, en mi visita al Reichstag, descubrí unas fotos del interior del

Parlamento alemán en la época del III Reich con los escaños llenos de uniformes nazis. En ese momento tomé conciencia de que Hitler llegó al poder a través de las urnas. Y me asusté. Mucho.

En cada crisis política, económica y social siempre resucita el discurso del odio al diferente. Solo hay que mirar atrás para recordar hacia dónde encaminan sus pasos los que juegan con el miedo de la gente, los que juegan a negar el pasado más oscuro y terrible. Esta novela es una gran oportunidad para revisar nuestra historia para no repetirla. No bajemos la guardia. Ni un paso atrás.

Carlota Corredera

CAPÍTULO 1

El profesor Daniel Richter miró su reloj, cerró su libro y dio por concluida la clase. Tras unas cuantas horas de matemáticas, historia, ciencias sociales y naturales, por fin podría volver a casa y disfrutar, como tanto me gustaba, del camino de regreso y, por supuesto, de la sopa. Esta era una exquisitez que mi madre cocinaba sin prisa durante toda la mañana. Meter el pan duro en ese líquido espeso humeante era una de esas cosas que hacían que adorase a mi madre. Hoy todavía pienso en aquel caldo y, pese a que la nostalgia me produce un nudo en la garganta, se me sigue haciendo la boca agua.

La escuela de Wilnsdorf era pequeña y no tenía buen aspecto: las paredes estaban desconchadas, por algunas zonas las baldosas estaban sueltas y el mobiliario era escueto e incómodo; no había presupuesto para más. Pese a todo, me sentía bien allí, me agradaba aprender cosas nuevas, estar con algunos compañeros y saborear cada nueva lección del maestro. Este era un gran hombre y se notaba que disfrutaba mucho con su trabajo, se preocupaba por mostrarnos todo con paciencia y dedicación. Era alto, moreno y lucía un bigote muy divertido y elegante que se empeñaba en peinar y estirar con la punta de los dedos cada cinco minutos. Perdió a su mujer nueve años antes al dar a luz a dos gemelos. Murieron los tres, así que no le quedó más opción que refugiarse en su trabajo. A pesar de que la escuela no era oficial y que no siempre asistían todos los niños de las aldeas, él daba clase. Le gustaba abrir las mentes de los estudiantes rurales que asistíamos, con mayor o menor frecuencia, a la escuela. Se empeñaba en ofrecernos más de lo que nos merecíamos. El médico, el rabino y él eran las personas más cultas en ciento cincuenta kilómetros a la redonda. Recuerdo que yo no falté casi nunca.

Casi todas las mañanas le llevaba al maestro el periódico atrasado de parte de mi padre. Al vivir en una aldea, el cartero no venía a diario; de todas formas, mi padre no se lo enviaba sin haberlo leído primero, así que recibía los periódicos con por lo menos cinco días de retraso. Mi padre y él eran amigos, los sábados se reunían junto con otros vecinos en asamblea en la plaza cerca de la sinagoga. Allí pasaban largas horas sentados en el banco pintado con cal, debatiendo sobre política y acerca de qué cosas se podían mejorar por el bien de la aldea.

Por aquel entonces mi padre era el alcalde. Sí, el alcalde, y yo estaba orgulloso de él. Pertenecía al partido comunista, pero él únicamente pretendía ayudar a los demás habitantes; el partido no era su máxima preocupación y los vecinos estaban muy contentos con su labor. A veces hasta descuidaba la carpintería donde trabajaba para echar una mano a cualquiera que se lo pidiera, y si no podía ir personalmente, nos mandaba a mi hermano o a mí. En aquella época la política no era una cosa de vital importancia para ningún vecino. La paz era una constante.

Aquella mañana no le llevé el periódico.

Mi afición por la naturaleza y el amor hacia los animales también se los debo a mi profesor. Recuerdo con todo lujo de detalles el día que nos llevó a todos de paseo a una fuente natural. Era un paraje maravilloso en todo su esplendor. Lo conocíamos, pero quiso explicarnos cosas acerca de la naturaleza, detalles interesantes y desconocidos que llenaron de información mi curiosidad. Fue un día soleado de primavera. Los árboles, las flores, los arbustos, las aves, las ardillas y hasta las hormigas nos daban los buenos días con toda la alegría posible. También guardo en mi mente la sensación placentera al cerrar los ojos e inspirar el aire puro con perfume fresco. No puedo olvidar el efecto que me produjo la visión en su conjunto al mirar desde lo alto de una colina hacia las humildes y lejanas casas desperdigadas de mis vecinos. Algunas nubes adornaban el maravilloso cielo azul y las águilas peinaban el aire con sus majestuosas alas.

Era un «goce» sentir en las mejillas la hierba húmeda mientras Hansel me daba con sus nudillos en la cabeza. Había que disfrutar las pequeñas cosas, pese al dolor o al fastidio. Primero sentí un empujón en el hombro derecho que me hizo caer. Después, el intenso peso de su fuerte cuerpo sobre mí. A continuación, solo algunas bofetadas más y unas cuantas risas de sus lacayos. Hasta que el profesor Richter se interpuso y logró separar a mi «querido compañero», liberándome. Aquella hierba mojada en contacto con mi piel fue el mejor recuerdo que guardo de aquella enésima agresión.

Hansel tenía dos años más que yo. No iba con regularidad a la escuela porque, según decían las malas lenguas, su padre le pegaba por su comportamiento. Alguna vez lo vi con un párpado hinchado o con algún cardenal en sus brazos. Poseía un cuerpo atlético y se le daban bien los deportes, pero en el colegio no destacaba en nada más que en volver loco al profesor y en procurarme sus atenciones. Era muy rápido al esprint, tenía una fuerte espalda y unos fornidos brazos con los que pegarme a todas horas: de camino a la escuela, en esta, en la pausa, de vuelta a casa... Yo me defendía como podía, pero era insuficiente. Además, él tenía su séquito fiel que lo apoyaba en todo. Puedo decir que su única razón para ir a la escuela era yo. Así que, como buen compañero que soy, me limitaba a ser el objeto de su recreo durante las jornadas lectivas. Siempre me desagradó su comportamiento agresivo y, a veces, violento. Su familia era la única cristiana y no compartía las costumbres mayoritarias de la aldea, así que no participaban en casi nada que tuviese que ver con la comunidad. Es cierto que tampoco acudían a los eventos paganos, y eso que mi padre y demás vecinos les invitaban a asistir. Eran raros, se debían de sentir fuera de lugar y no hacían nada por evitarlo.

Recogí con ansiedad la libreta y el lapicero, me puse mi abrigo, la bufanda roída y los viejos guantes de lana heredados de mi hermano. Salí pitando, observando siempre de reojo a Hansel y a sus secuaces, que bromeaban sobre alguna cosa. Siempre se dedicaban a holgazanear y a perder el tiempo con cualquier banalidad absurda. El profesor tenía demasiada paciencia con ellos. Al atravesar la puerta percibí por detrás que alguien me tocaba en el hombro. «¡Maldita sea!», pensé. No podía creer que Hansel hubiese salido de clase antes que yo, era imposible; lo había estado observando y se hallaba en el aula junto

al resto. Era increíble. En fin, apreté los molares y me giré atento para esquivar sus golpes. Pero no era él. Pude disfrutar de la sensación de alivio al comprobar que en la salida me estaba esperando mi hermano mayor, Gabriel, con el semblante triste. Él era un muchacho alegre, jovial y nunca antes había venido a recogerme a la escuela, así que me preocupé.

—Hola, Gabriel —le saludé con una sonrisa—. ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar trabajando?

—Ya ves. Hoy hemos cerrado pronto. —Observé un paquete marrón asomar por el bolsillo de su pantalón—. Hay mucho jaleo en la ciudad. Tenemos que ir rápido a casa. Padre me manda a por ti. El tío Gustav y el primo Helmo van a venir también —no comprendí la razón de esta reunión sorpresa—, así que vámonos. —A continuación, se llevó su mano al bolsillo y palpó con disimulo aquel pequeño paquete, como intentando protegerlo. Inició la marcha con rapidez.

—¿No te ha explicado nada padre? —le pregunté.

—Venga, Simon, camina más rápido y no hagas preguntas. —Le miré y asentí sin decir nada más.

Caminamos en silencio durante todo el camino a casa. Él no quería hablar, eso estaba claro. Tenía prisa, quería llegar cuanto antes. Yo no sabía qué podía haber pasado en la ciudad, pero me preocupaba ver a mi hermano así. Aceleré el ritmo, solo abrí la boca para respirar. Sudé y los pulmones trabajaron duro. Gabriel era un poco grueso y no muy alto, pero sus zancadas fueron rítmicas y rápidas, se notaba que estaba acostumbrado a caminar. Todas las mañanas se despertaba temprano, cuando todavía era de noche, e iba a la ciudad para trabajar en una pastelería; siempre lo hacía a pie. Descargaba sacos de harina y de azúcar cuando llegaba el repartidor y después ayudaba a su jefe a preparar los dulces y los panes. También repartía los productos a algunos mesones de la zona a los cuales iban las personas adineradas. Nunca volvía a casa antes del mediodía, pero las escasas veces que lo hacía ayudaba a madre en sus tareas. Me gustaba estar con él, me sentía tranquilo a su lado.

Gabriel también echaba una mano en la carpintería, ya que padre a veces necesitaba ayuda para terminar los pedidos, y él colaboraba encantado. Muchas veces cantaba mientras cortaba madera, limaba o clavaba. Mi padre y yo

éramos sus privilegiados espectadores. Su ópera preferida era la de las valquirias de Wagner, la dominaba. Pasábamos largas horas escuchándolo, junto con el olor a serrín en el ambiente. Qué maravilloso recuerdo. Estaba claro que tenía un don en la garganta, hasta un sordo lo hubiera sabido. Gabriel también solía cantar en las reuniones familiares y hasta en la sinagoga.

A padre le gustaba vernos en el taller, aunque yo no fuera demasiado hábil con las herramientas. Al final solo hacía trabajos menores, barrer el serrín y poco más. Yo era consciente de mis limitaciones, pero no me importaba.

En la pastelería donde trabajaba mi hermano despachaba la hija del jefe, Sonja. Era una chica hermosa y muy simpática, pues siempre que me veía me regalaba un trozo de dulce de limón. Por eso, siempre que podía iba a la ciudad con alguna excusa estúpida y pasaba a saludar a Gabriel. La pastelería era humilde, pero, pese a eso, tenía una clientela fiel. Todos trabajaban con esmero y pasión, y eso se notaba. Hacían toda clase de panes y estaban especializados en postres y pastelería; dominaban a la perfección el *Schwardzwälder Kirschtorte* de frutas del bosque y el *Kasekuchen* de queso. Como he dicho, a mí me gustaba el dulce de limón. A Gabriel, la sonrisa de Sonja.

Aquel día queríamos llegar a casa cuanto antes; yo, para conocer el motivo de la reunión, y él, con seguridad, para dejar a buen recaudo aquel misterioso paquete.

—¿Qué llevas ahí? —le pregunté, señalando a su bolsillo.

—Es de madre.

—¿Y qué es?

—Dinero. —«¿Dinero?». Tomé aire, pero cuando me disponía a hablar me cortó—: Camina, hermano. No desperdicies el aire en hacer más preguntas.

Así que cerré el pico, bajé la vista, me concentré en el camino y con la mirada intenté mostrarle mi enfado. A un ritmo normal se podía tardar una media hora en llegar a casa, pero lo hicimos en menos de quince minutos. De vez en cuando miré a Gabriel, pero él no levantó la mirada en ningún momento. No vimos a nadie durante el trayecto. Me dolían los pies, deseaba llegar para poder quitarme las botas; sentía calor y me sobraban todas las prendas de abrigo.

Al llegar, exhausto, a casa, me apoyé contra una pared, cerré los ojos e intenté respirar. Estaba sudando, así que me quité el abrigo, los guantes y la bufanda, y los colgué en el perchero que mi padre había construido con madera. Este tenía un diseño precioso y unas bonitas formas redondeadas, en las cuales poder colocar la chaqueta o cualquier bolsa. Tras la media maratón y el calor hogareño, era suficiente solo con la camisa de felpa. Mi hermano desapareció sin quitarse ni siquiera el abrigo. Una vez dentro de casa, no distinguí el inconfundible olor a la comida preparada por mi madre. Quizá el cansancio y la respiración acelerada alteraron mi percepción, o a lo mejor no había preparado nada.

En el comedor estaba sentado padre junto a la mesa desnuda. Sobre ella solo vi una hoja de papel llena de garabatos ilegibles y un lápiz. Ni vasos, ni cucharas, nada. Padre levantó la mirada y pude leer parte de su preocupación observando sus verdes pupilas. Aquel gesto no era muy habitual en él; sus ojos estaban vidriosos y rojizos, tal vez por el estrés del momento. Nunca antes me había fijado en sus arrugas. Pese a tener solo treinta y nueve años, se le notaban especialmente las del contorno de los ojos y las bolsas oscuras, pero le daban un aire experimentado a su bello rostro. Se llevó la mano derecha a los ojos y se los frotó con sumo cuidado. Luego se masajé las sienes, intentando encontrar los pensamientos apropiados. Con gran expectación me senté en silencio justo delante de él. Me moría por saber el motivo de aquella reunión. Mi hermano volvió y, ya sin abrigo ni sobre, se sentó a mi lado. Respiré hondo y tragué saliva.

—¿Qué ocurre, padre?

Silencio. Observé a mi hermano, que miraba al vacío. Impertérrito.

—¿Tenéis hambre, hijos? —nos interrogó mi padre mirándonos de reojo.

Esperé a que contestase Gabriel. Lo cierto es que, al sentarme y descansar, algo de hambre sí que tenía. «Ojalá diga que sí».

—No mucha, padre —«maldición»—, pero supongo que Simon sí. Yo beberé agua, estoy sediento. —Dibujé una ligera sonrisa. «Menos mal». Deseaba tanto mi sopa que empecé a percibir su olor.

En aquel momento apareció mi madre con dos platos rebosantes y humeantes. Era increíble cómo podía portar los platos hondos con la sopa

hasta el mismo borde y no derramar ni gota.

—Hola, Simon. —Me lanzó una sonrisa cómplice para despejar el ambiente. Me levanté de la silla y le di un beso y un abrazo. Hacerlo siempre me gustó: la suavidad de sus manos, el tono amable de su voz y la dulzura de sus palabras eran mi cobijo; su perfume sutil a harina, verduras, brasas de leña, aceite caliente o queso me hacía volver al paraíso de mi niñez, me transmitían tranquilidad. Me sentía protegido. Nada podría ir mal si ella estaba junto a mí...—. ¿Cómo ha ido hoy la escuela?

—Muy bien, sin novedad. —Me giré hacia mi padre y, decidido, le hablé —: Padre, me ha dicho Gabriel que van a venir el tío Gustav y el primo Helmo. ¿Para qué? ¿Podremos ir después al bosque? —Noté el pinchazo de un gran aguijón, la mirada de Gabriel.

—Simon —dijo padre—, primero come. Luego ya veremos que podéis hacer. —«Entendido». Aquella tarde no iría con mi primo al bosque.

—Acompáñame un momento a la cocina, Simon, así me ayudarás con unas cosas... —intervino muy hábil mi madre para cambiar de tema.

Obedecí rápidamente. Gabriel, tras su mirada incisiva, volvió a contemplar el vacío. No sé qué había de interesante en ese vacío, pero a mi hermano le gustaba mucho. Siempre fue muy discreto, obediente, educado y se mantuvo fiel con padre. Yo era igual que él, solo que, si yo tenía dudas o no comprendía algo, lo preguntaba de inmediato.

Enfilé la puerta que daba acceso a la cocina, el santuario de mi madre, donde ella era la reina suprema. Allí controlaba y nada se le escapaba; todo ordenado; el fogón limpio y siempre disponible para preparar los alimentos que nos podíamos permitir. Mi padre por aquel entonces solía decir que era una mala época, así que ella se las arreglaba para poder conseguir verduras, lácteos y, rara vez, carne de vacuno al mejor precio. Tenía la maravillosa habilidad para transformar cualquier alimento en un manjar celestial. Los cubiertos y la vajilla, todos organizados en los cajones que padre había construido. En la alacena solía guardar queso, fiambres y dulces. Algunos meses antes, un vecino que encargó a padre unas estanterías no pudo pagarle y a cambio le ofreció tres gallinas, una pierna de cerdo, varios kilos de fiambre, un queso y dos litros de vino. ¡Menuda fiesta se montó en casa!

Encontré el misterioso paquete detrás de un recetario.

—Madre, ¿qué hay en este sobre?

—¿No te lo ha dicho tu hermano?

—No.

—Verás, tenía algunas cosas en casa que no necesitábamos y se las he dado a Gabriel para que se las vendiera a la mujer de su jefe. —«Misterio resuelto»—. Es dinero, solo eso.

Conforme con su explicación, cogí los vasos y las cucharas, y ella hizo lo mismo con la jarra de agua. Al llegar al comedor todo seguía igual, en silencio. Madre sirvió el agua, luego masajeó los hombros apesadumbrados de padre y, sin decir nada, me dejó comer la sopa, que estaba buenísima como de costumbre. Cuando terminé recogí todo, lo llevé a la cocina y fregué. En aquel momento, escuché la campanilla de la puerta. «Serán el primo Helmo y el tío», pensé. Salí corriendo para recibirles, aún con las manos mojadas. Efectivamente, allí estaban. Mi tío se parecía mucho a padre, pero era más joven y con unos cuantos kilos más. Tenía el semblante serio, pero, aun así, me acarició el pelo como siempre hacía. Por su parte, Helmo me dio un fuerte abrazo.

Pasamos todos al comedor. Mi padre y mi tío se sentaron en los extremos de la mesa y el resto, enfrente. Padre, antes de empezar, tomó aire.

—Bueno, quiero anunciaros que mañana por la mañana Gustav y yo partiremos hacia Berlín. Están ocurriendo muchas cosas en política y nuestra obligación es marchar hacia allí. Junto con el profesor Ritcher, el doctor Hartwig y algunos vecinos más, cogeremos el tren en Bonn por la madrugada, y antes del anochecer llegaremos a la ciudad. Por la mañana hemos quedado con muchos representantes y militantes del partido. Iremos a manifestarnos en contra del nuevo canciller y sus políticas poco democráticas y dictatoriales —miró a mi tío—, y algunas barbaridades más. —Gustav miró al suelo—. Forzaremos una huelga general. Haremos todo lo posible para que no se salga con la suya. Mientras tanto, Gabriel será el cabeza de familia. Madre será la capitana de la casa y estaréis absolutamente bajo sus órdenes.

—Helmo estará con vosotros aquí hasta que volvamos —dijo mi tío Gustav—. No dará problemas y ayudará como el que más. ¿A que sí, Helmo? —Mi

primo miró a mi tío y, sonriendo, asintió varias veces con su cabeza pelona.

—Y será como un hermano más —añadió padre—. Ahora prepararemos algo de ropa y después iremos a la plaza para una última asamblea. Podéis venir y jugar un poco allí si queréis.

Era la primera vez que padre se marchaba y nos dejaba solos. Miré a mi madre y ella me regaló una mirada de tranquilidad y una leve sonrisa. Siempre sabía lo que yo necesitaba. En cambio, Gabriel seguía serio. Helmo me miró con cara de sorpresa; seguramente tampoco sabía nada del viaje de nuestros padres.

—Supongo que tendréis preguntas. Antes de nada, quiero tranquilizaros, no hay nada que temer. Tenemos una responsabilidad con el partido, pero, sobre todo, con vosotros, porque os afectaría el hecho de que nos quedásemos de brazos cruzados. Está en juego el futuro de todos. Pero estamos seguros de que nuestra protesta causará el efecto positivo que pensamos. A ver, ¿quién es el primero en preguntar?

El resorte que tengo en el brazo derecho, y que no puedo controlar, ejerció su mecanismo y levantó mi brazo sin que me diera cuenta de ello. En clase era cuando más se accionaba. Solía acribillar al profesor con mis preguntas.

—Padre, ¿cuánto tiempo vais a estar fuera? Porque Gabriel debe ir a trabajar a la pastelería. Si no, su jefe se enfadará con él y seguro que lo despedirá.

—Simon, no te preocupes por eso ahora —dijo mi hermano. Mi padre, madre y el tío Gustav rieron al unísono.

—Estaba seguro de que el primero que preguntaría serías tú, Simon. Estate tranquilo, volveremos en tres o cuatro días. Casi ni os daréis cuenta de nuestra ausencia. Ya he hablado con el jefe de tu hermano, no hay problema en que se ausente unos días.

Bueno, si solo eran tres o cuatro días, tampoco había de qué preocuparse. «Pero ¿ya estaba, nadie tenía más preguntas?». Yo sí que las tuve. «¿Dónde iban a dormir?, ¿qué clase de persona era ese nuevo dirigente?, ¿era seguro ir en su contra?». Pocas veces en mi vida había frenado mis ansias de saber, pero no dije nada más. Padre parecía más tranquilo y no quería estropear la divertida tarde que me esperaba junto a Helmo.

—Bueno, chicos —añadió madre con una sonrisa—, es hora de obedecer mis órdenes.

—Diga qué desea, tía Laura —respondió veloz Helmo.

—Acercaos los dos a la tienda de los Thelen. Os darán un paquete con queso y algo de fiambre. Tú, Gabriel, ve a la pastelería a por dos panes grandes. Aquí tenéis el dinero.

Gabriel y Helmo lo cogieron. Mientras, padre y el tío se levantaron y dieron por terminada la reunión. Salieron hacía la carpintería y los acompañamos.

—Padre, me gustaría acompañaros a la estación para despediros. ¿Me dejarás ir? —pregunté acercándome a él y separándome unos metros de Helmo.

—Pequeño Simon, no creo que sea necesario. Nos vamos muy temprano, hará frío y no me apetece despertarte.

—Bueno, tienes razón —respondí poco convencido.

—Prometo traerte un libro de esos que tanto te gustan.

En fechas señaladas solía regalarme libros de historias, poesía e incluso de anatomía y medicina básica. Mis autores favoritos eran los hermanos Grimm. Cuando el tiempo me lo permitía, podía pasarme tardes enteras leyendo en el bosque, bajo mi árbol centenario.

—No hace falta, padre. Con que volváis pronto es suficiente.

—Desde luego que sí, Simon. Ahora id a cumplir el encargo que os ha hecho vuestra madre.

Padre movió la cabeza en señal de aprobación y me dio un beso. Fue extraño, él me daba pocos, muchos menos de los que me hubiese gustado. El tiempo se ralentizó y disfruté de aquel beso por un tiempo mucho mayor. Sentí sus labios en contacto con mis mejillas y su aliento cálido en mi piel. El olor de hombre, de hombre fuerte, curtido en mil batallas. Los hombres no se dan besos entre ellos..., pero aquella tarde lo hizo. Me besó. No existía en la historia de la literatura un beso que pudiese igualar al que mi padre me dio. No sé si él se lo imaginaba siquiera —yo desde luego no—, pero aquel sería el último beso que me daría. Así que, tristemente, con el paso de los años, comprendí que fue un beso de despedida.

CAPÍTULO 2

Helmo y yo obedecimos a madre y salimos hacia la casa de los Thelen, mientras que Gabriel se marchó a por el pan. Nuestro destino estaba en el centro del pueblo, bastante cerca, así que rápidamente habíamos terminado: recoger, pagar y vuelta a casa. Durante el paseo pude hablar con mi primo. Era un chico guapo y fuerte de ánimo. De pequeño perdió a su madre por una enfermedad y tuvo que dejar la escuela para ayudar a su padre en el negocio. Por entonces se había convertido en un albañil experto y mi tío delegaba en él muchas tareas. Tenía las manos fuertes como las de los adultos, pero el cuerpo de un adolescente.

Helmo me contó que ya tenía varias pretendientas en el pueblo, pero que su amor era para una joven muchacha llamada Inga. Yo la conocía de vista, porque ella iba a la escuela y acudía a todos los eventos del pueblo. Conocía personalmente a su hermano, se parecían bastante, pero para mi gusto él era más guapo. Yo nunca había hablado con Inga. Helmo estuvo trabajando varias semanas para su familia, reparó parte del techo hundido por el peso de la nieve, y allí la conoció. Estaban enamorados y hasta la había besado.

Por aquel entonces yo aún no había conocido a nadie *especial*, vivía tranquilo y gozaba de las pequeñas cosas. No había besado a otra persona que no fuese de mi familia. No existía todavía ese alguien que me impresionase, ese por quien perder la cabeza. No sabía en qué podría consistir *estar enamorado*, cómo te podría atrapar mental y físicamente una persona.

El caso es que Helmo estaba tranquilo por el viaje de nuestros padres. Estaba seguro de que todo iría bien. De vuelta a casa, pasamos cerca de la sinagoga y decidimos hacer una visita de incógnito a nuestros padres. Allí estaban todos los que solían acudir a las asambleas. Pude ver al profesor

Richter, que sacudía el puño y alzaba la voz, muy enfadado. «¿Por qué motivo un hombre tranquilo y calmo como él se comportaba así?». Padre también se mostraba enfadado. Todos lo parecían, no se asemejaba a una reunión habitual. Algo se estaba cociendo y yo no me estaba enterando de nada. Helmo decía que se avecinaban tiempos difíciles para los comunistas de la zona, ya que el nuevo canciller quería imponer duros cambios a toda costa. Me sorprendía que supiese tanto al respecto. Se posicionaba claramente en contra de ese personaje llamado Adolf, que tenía el mismo nombre que el pastor alemán de un anciano vecino. Ese canciller odiaba a los judíos y era el jefe del partido nazi. Creo recordar que en alguna asamblea de mi padre escuché a alguien mencionar a este Adolf y, a continuación, furiosos comentarios en su contra. Pero todo eso no era para mí, no le prestaba demasiada atención a la política. Por el contrario, era muy agradable escuchar a Helmo. Me gustaba mucho su presencia y su sapiencia sobre la coyuntura política. Aprendí de él en cierto sentido.

Al llegar a casa le dimos el paquete a mi madre, que ya estaba preparando la cena. Lo abrió y nos dio un trozo de embutido en señal de agradecimiento por los servicios prestados. Mi paladar lo agradeció. Luego preparamos la mesa para la cena, salimos y nos sentamos en la entrada a casa, sobre la hierba, a esperar a mi hermano y a nuestros padres.

Gabriel tardó un poco más de lo habitual, ya que, según nos confesó, había pasado un rato en compañía de su amada Sonja. Traía cara de pocos amigos. Él le había declarado su amor, había aproximado los labios a los de ella y se fundieron en besos y abrazos. Pero la madre de ella los descubrió y montó en cólera. Mi hermano era un chico serio, pero la madre pensaba que no era ni el momento ni el lugar apropiado para besarse. Directamente lo echó. A la mañana siguiente, mi hermano iría para pedir disculpas. «¡Qué manera más tonta de arriesgarse a perder el trabajo! Con la cantidad de rincones ocultos y tranquilos que se podían encontrar en las afueras del pueblo...».

Como padre y el tío no llegaban y fuera hacía frío, decidimos entrar en casa. Mi primo fue a la habitación donde tenía su maleta y sacó una baraja de cartas para que jugásemos al Schwarzer Peter, el juego donde todas las cartas tienen pareja, menos una: el «Pedro negro». Era gracioso, yo me podía

considerar esa carta. Así pasaría el tiempo más rápido. Jugar a las cartas no era una actividad que me gustase demasiado y, además, no solía participar, pero sería agradable hacerlo los tres. Jugamos unas cuantas rondas, de las cuales no gané ninguna. Madre pasó dos o tres veces ofreciéndonos unos buenísimos trocitos de queso. Me esforcé por obtener alguna victoria, pero fue en vano, mi trofeo fue el queso que me comí. El campeón fue mi hermano. Creo que el bueno de Helmo se dejó ganar en la última partida para levantar el ánimo de Gabriel. Por momentos lo consiguió.

Al rato, llegaron, cansados, padre y el tío.

—¿Cómo están los hombres de la casa? —preguntó padre.

—Muy bien. Hemos jugado a las cartas —le respondí yo, animoso.

—¿Tú jugando a las cartas, Simon? —dijo extrañado.

—Bueno, lo he intentado. Pero, como pasa siempre, he perdido.

—Lo importante, hijo mío, es participar y pasar un rato entretenido sin pensar en nada más.

Eso era verdad, ya que mientras había estado concentrado en las cartas no había reparado, ni un solo instante, en la marcha de padre. Supuse que Gabriel tampoco habría pensado en la madre de Sonja.

Mi madre tenía lista la cena: patatas con tomate y carne. Era una cocinera extraordinaria. A lo largo de mi vida nunca he probado nada que igualara su saber hacer en la cocina. Nos sentamos y comenzamos a cenar. Solo se escuchaba el ruido de los tenedores y cuchillos al tocar los platos y a mi primo que sorbía el caldo de tomate. El mutismo durante la cena hizo que me pusiese un poco nervioso. Miré a todos y cada uno de los mudos comensales y parecía que nadie tuviese la intención de abrir la boca a no ser para comer.

—Eres excelente, mamá —afirmé para agradecerle su esfuerzo y, de paso, romper un poco el hielo. Los demás secundaron mi opinión.

—Eres un prodigio, amada mía —añadió padre, dando muestras de cariño. Madre lo miró con devoción y le dedicó una sonrisa.

—Oh, gracias. —Noté que se sonrojó—. Es lo mínimo que puedo hacer por vosotros. Además, disfruto mucho —dijo ella un poco colorada.

—Padre, ¿a qué hora partiréis hacia la estación? —preguntó mi hermano. Mi habilidad para romper el silencio tuvo éxito.

—Hemos quedado con el profesor Ritcher y con algunos más a las tres en la plaza. El tren parte a las seis y media, pero no queremos llegar tarde. —Padre era puntual. No le gustaba llegar tarde. Siempre salía con antelación por si surgía algún imprevisto. Decía que era de muy mala educación hacer esperar a los demás.

En aquel momento sonaron dos fuertes golpes en la puerta. Todos dejamos de masticar o beber y yo casi me atraganto. «Pero, ¿quién podría ser a esas horas?». Los golpes volvieron a sonar, más fuertes. Padre miró a mi tío, dejó los cubiertos en la mesa y se dirigió hacia la puerta de madera. Hice ademán de levantarme para ver quién era, pero mi tío me lo impidió con una potente mirada. Todos nos giramos hacia la puerta. Se oyeron gritos de padre y de más personas. Observé cómo mi tío cogió un cuchillo y lo escondió entre sus piernas.

Me sorprendió ver entrar a un par de hombres con mala cara. Eran de la Gestapo. Iban vestidos de negro, con abrigos largos y sombreros de ala ancha. Uno era alto y fuerte y el otro todo lo contrario. Pero el que daba órdenes debía de ser el pequeño. Padre entró tras ellos, acompañado por un tercero. Tenía expresión de dolor. ¡No podía creer lo que estaba viendo! Padre tenía los brazos cruzados a la fuerza por detrás de la espalda. El último hombre lo llevaba esposado. «¿Por qué?».

El tío Gustav se levantó y, sin mediar palabra, golpeó en la cara al policía bajito, que era el que tenía más cerca. Su fuerte puño impactó con tanta fuerza en su mandíbula que cayó de bruces en el suelo y el sombrero voló por los aires. Tío lo levantó del suelo cogiéndole por la pechera y colocó el filo del cuchillo en su garganta. El policía agredido estaba un poco inconsciente, con los ojos en blanco y sangrando notoriamente por la boca. El agente alto y fuerte se movió con rapidez y agarró al tío con una maniobra asombrosa, que hizo que su cara se estrellase contra el suelo. El cuchillo rodó hasta mis pies. La rodilla del gigante reposaba con firmeza encima de la espalda del tío, que, inmóvil, gritó de dolor. Lo esposaron. Mi hermano levantó los brazos en un ademán de rendición y mi primo le siguió. Yo no me moví. No pude. Mi resorte no se activó. El cuchillo seguía a mis pies, pero no lo cogí. Todo pasó

muy rápido, demasiado. Mi cuerpo estaba paralizado, en parte por la sorpresa y en parte por el tremendo miedo que aquellos hombres me hicieron sentir.

Cuando el bajito se recuperó empezó a hablar a gritos, terriblemente enfadado, mientras se limpiaba la sangre con un pañuelo inmaculado hasta ese momento.

—¡Malditos comunistas del demonio! —nos gritó.

Padre quiso hablar para defenderse, pero no pudo. Recibió un puñetazo en el estómago y cayó de rodillas maniatado. El agente golpeado se colocó enfrente de él.

—Escoria comunista, no eres ni tan siquiera capaz de defenderte en tu propia casucha. Me dais tanto asco... Todos los de vuestra calaña sois iguales. Os merecéis lo mismo. ¡Todos!

—Pero, ¿qué está diciendo? Somos una familia humilde y honrada que sobrevive gracias al trabajo que realizamos con nues...

No consiguió terminar de hablar. El bajito enfadado le propinó un rodillazo en la cara.

—¡Encima pretendes mentirme! Así sois, no lo podéis evitar. Quiero hacerte daño. Me das tanto asco que solo tu presencia me produce arcadas. Pero no solo tú, todos los que son como tú —añadió mientras nos señalaba—. Sois como una plaga, como la peste. Ninguno de vosotros deberíais haber existido. —Volvió a mirar a padre—. Pero ya que estás aquí, te utilizaré. Yo me encargaré de destrozaros, de eliminaros. Será divertido veros sufrir. Así pagaréis por lo que sois. —Se dirigió a nosotros—. Lástima que, por ahora, solo nos llevaremos a estos dos. Pero tened cuidado, niños, porque sabemos suficiente de vosotros.

Fue en aquel momento cuando rompí a llorar. De rabia, de miedo, de impotencia. Estaba saboreando un sentimiento nuevo: la ira. Quería golpear a esos soldados hasta que me pidieran piedad.

—Niñato llorón, ¿no te gusta lo que le pasa a tu padre? —me preguntó aquel miserable.

—No, en absoluto. Déjele, por favor. Se lo suplico.

—Idiota —rio—. Tu padre y su hermano son unos agitadores revolucionarios en contra del pueblo alemán, como tantos otros en este